Reposición

Ada Aurora Sánchez Peña

♦♦♦

Él estaba al fondo del autobús, como esperándome en una cita acordada. Me miró avanzar por el pasillo, libre de obstáculos. Vio que lo miraba y con sus ojos me acortó el camino. Un lugar vacío, yo no sé si reservado, nos puso codo a codo. Me habló entonces de las tardes en el cementerio, de cómo nos besábamos sobre las tumbas y, ya en la noche, sorprendidos, temerosos, brincábamos las bardas de piedra ancha que nos separaban de la ciudad. Me preguntó si recordaba aquella copa de versos de Neruda que nos bebimos lento, en primavera.

—Yo todavía siento el sabor de la tinta, el vino y la poesía —me dijo—. Aún cuando te nombro se me escapa una *flora ardiente y helada.* ¿Te acuerdas de aquel cántaro de agua llovida en que vimos nacer *güisarapos* y los bautizamos con los nombres de los hijos que planeábamos? ¿O de aquella manía de registrarnos en los museos como Susana San Juan, La Maga, Florentino Ariza o Juan Pablo Castel? A los diecisiete años éramos desdichadamente felices; unas moneditas de cobre en la fuente de los deseos. Íbamos cortándonos las manos de pedacito en pedacito, con la seguridad de que pronto retoñaríamos. Y así era siempre. Ascendíamos hasta el último punto de esa torre en que el mundo nos quedaba lejos, igual que un trozo de papel que se tira al viento y adquiere la condición de lo irrecuperable. Éramos dueños de un milagro, de una paloma que nos invitaba al vuelo.

Todo eso decía y yo callaba. Por la ventanilla se veían correr los árboles como jirafas asustadas.

Continuó la crónica de los años idos; acudieron a la memoria los encabezados de un viejo diario:

«Joven pareja intenta suicidarse.» «Buscan ayuda psiquiátrica padres desconsolados.» «Asociación religiosa se opone a la poesía.»

Luego, con el entusiasmo de quien resuelve un crucigrama o recupera una fórmula perdida, agregó:

—Tú y yo tenemos algo pendiente. ¿Sabes qué es, verdad...?

Mi corazón quedó suspendido. Afuera, las jirafas seguían corriendo —inalcanzables— tras nuestra juventud y el deseo. Una flora ardiente y helada se expandió por los campos e iluminó la respuesta. No hubo necesidad de aclaraciones, para qué decir: «Yo no soy La Maga». ♦

♦♦♦


Los amorosos
2000